

—¿Ha parecido mi señora doña Lucrecia Butti?

Preguntó Brígida.

—¡Parecido! Válgale el no haber dado con ella.

—Si diérais ¿qué haríais si no requiebrarla y agasajarla?

—Vive Dios que la matara.

—Cosa fácil de decir ahora entre los arrebatos de la cólera, imposible de cumplir al verla.

—Debió tragárselos la tierra. Mis sabuesos y lebreles les siguieron con la misma celeridad y la misma hambre que suelen seguir en las cazas y monterías las piezas. Los arcabuceros que guardaban las murallas les dirigieron una lluvia de plomo enrojecido. Las culebrinas de la puerta Mercatella vomitaron cuantas balas tenían en el vientre, y metieron el ruido de una tempestad, y lograron hacer retemblar el suelo como en un terremoto. Yo corrí, corrí tras ellos á riesgo de verme acribillado por los proyectiles que les lanzaban de todas partes. Mas fácil perseguir y alcanzar al viento. El caballo, abiertas las narices, fijos los ojos, erizada la crin, tiesa la cola, sangrientos los hijares, no corría, volaba, aunque jadeando, como si del mismo cansancio sacase fuerzas para no poner las pezuñas en el suelo, semejante á rápida nube y á soberbia águila. El corazón se me destrozaba en mil pedazos porque el aire me traía no sé qué suspiros ni qué ósculos, ora verdaderos, ora fingidos por mi loca mente, suspiros y ósculos á cuyos ecos saltaban á borbotones los embravecidos celos. Tenía yo una jaca torda, criada en tierra cordobesa, mas pronta que el rayo en su carrera, tenía la apercebida y aparejada por fortuna mía y desgracia suya á la puerta Mercatella, y el tiempo que empleara en desceñir las riendas de la mano del paje y montarla, bastó porque el blanco corcel, sobre cuyo lomo iban los dos amantes, se me adelantara y no pudiera alcanzarlo. Bien es verdad que no sé aun decir cuanto por mí pasa en este crítico instante. Parecía andar por un desierto enteramente vacío. Tan rápidamente volaba, que ni columbraba los objetos, ni oía ruido alguno. Hasta los propios pasos de mi cabalgadura no sonaban. Solamente sé que todo cuanto me circundaba se disipaba como si hubiera caído mi cabeza en vértigo. Después de correr, como sobre las potentes alas de los huracanes, el caballo dió un bote cual si le hubiera herido una bala, y cayó redondo y exánime en el suelo. Estaba él reventado, yo tendido, ensangrentados ambos, y en el horizonte solo se descubría la nubecilla de polvo que señalaba el trazo de una vertiginosa correría. Levantéme mal trecho, tratando de saber qué había sucedido á mi rival y á mi amada. Imposible. Diríase que se habían transformado en alguno de los árboles del camino, como solían las divinidades antiguas, para reírse de mis afanes y burlar mi cólera. Varios campesinos á quienes encontré, maravillados todavía de mi carrera y compadecidos de mi montura, dijeronme que no habían visto alma viviente. Volví, torné, olfaté, husmé, escarbé la tierra, subí á los ár-

boles y á las colinas, eché mis perros en todas direcciones y nada conseguí, nada; solamente la soledad y el silencio respondieron á mis instancias y á mis investigaciones. Entonces me volví á pié, indagando de cuantos encontraba al paso noticias que no esclarecieron mis dudas ni calmaron mis deseos. Cerca ya de la ciudad, ví un grupo que detenía á uno de los facinerosos cuyas manos profanaron el cuerpo de Lucrecia, y lo detuvieron para que pudiese el infame raptor arrebatarlo. Al verlo, sentí un vértigo de rabia como si toda mi sangre se derramara por el cerebro, y reconvine á un sayon de la ciudad que le abofeteaba. Á perros así, le dije, no se les insulta ni se les injuria; al contrario, se les echa una soga al cuello y se les deja pataleando de las ramas de un árbol. Apenas lo había dicho, víle cogido por la funesta soga, arrastrado por el polvo, pendiente del árbol, moviendo brazos y piés á los estertores de la agonía, y echando espumarajos por la boca á los impulsos de la asfixia, con medio palmo de lengua fuera, los ojos reventados, y la faz entre morada y azul á la trabazón de su sangre, como una res en el matadero. Tan cruel me ha hecho la desgracia, que me detuve allí á contemplar el fruto de la horca, cual si hubiera visto al fraile mismo en persona ahorcado como su cómplice.

—¿Y no se encontró á los fugitivos?

Preguntó Brígida.

—¿Á los fugitivos? Buena cuenta. Ni yo ni nadie los ha visto. La Señoría de Prato ha mandado en todas direcciones sus soldados de á caballo. Los sayones, y alguaciles y esbirros han recorrido todos los ámbitos de la campiña como el huron recorre las madrigueras. No queda ningun sitio que no haya sido registrado hasta la minuciosidad; no queda ningun escondite que no haya sido escudriñado hasta el cansancio. Como no hayan montado en los lomos de algun hipógrifo para irse á la region de los vientos, ó como no hayan penetrado á la manera de Orfeo y su mujer en los infiernos para irse á la region del fuego; no sé qué se haya hecho de los fugitivos. Lo único que sé, á ciencia cierta y con harto dolor mio, es la imposibilidad de encontrarlos en ninguna parte.

—Sí, lo tengo dicho. Si ese pintorazo tiene pacto con el diablo, Dios sabe si habrá clavado alguna aguja mágica en la cabeza de Lucrecia, y en virtud de esto, será la paloma blanca recogida en el ramaje de los olivos; ó la lechuza plañidera posada en los pedruscos de las torres. Que tiene pacto con el diablo, ó es el diablo en persona, paréceme de toda evidencia.

—¿Y habeis desistido de buscarlos?

Preguntó Gasparo á su señor.

—¡Desistir! ¿Por quién me tomas á mí? Aunque tuviera que recorrer toda la tierra, no digo durante mi vida, durante la eternidad, había de saber dónde se encontraban ó había de morir en las encrucijadas y los caminos. Ya sabes lo que somos los Montapertos, la tenacidad misma. El tambor

con que tocamos á llamada, está hecho con pieles de nuestros enemigos. Uno de mis abuelos estuvo sitiado por los pisanos en este mismo castillo veinte años. Otro reventó como Roldan, tocando la trompa guerrera en las cimas de los Apeninos. Este se fué á pié á Tierra Santa, sin mas apoyo que su bordon de peregrino, ni mas auxilio que la cristiana limosna. Aquel quemó el palacio donde estaban su mujer y sus hijos para desahogar los celos que le inspiró una mirada, mas bien que criminal, imprudente. Mezcla de patricios de Roma y de pares de Carlo-Magno, tenemos la perseverancia en el bien ó en el mal á falta de otras virtudes mas brillantes y mas eficaces. Así, manes de mis padres, piedras seculares que testificais tantos sacrificios, escudo de mi nobleza, panteon donde yacen innumerables muertos ilustres, sombras sagradas, juro, juro, juro, por el honor que me legásteis, por la sangre que me infundísteis, por el Dios que me escucha á mí, y os ha juzgado á vosotros, no comer pan á manteles, no cortarme ni el cabello ni la barba, no dormir en lecho, no comer sino pan duro, no mirar á ninguna dama á la cara, no desceñirme el sayal y el cilicio de la penitencia, hasta haber conseguido satisfacer la sed hidrópica que me aqueja, la rabiosísima sed de mi venganza. Que me escupan sus venenos las víboras, que me claven sus agujones las serpientes, que me arrebaten los voraces cuervos las carnes vivas del esqueleto, que los celos rabiosos me atenaceen las entrañas por toda una eternidad, que la pasión de mi alma dure tanto como el alma misma, que el infierno me aguarde y los diablos jueguen á la pelota con mi cabeza y se coman mi corazón renaciente á cada bocado, si desisto un minuto de estos propósitos de cruenta venganza en ambos á dos satisfecha. Si no han desaparecido de la tierra, yo los encontraré. Y si los encuentro, yo los inmolaré.

—Á mi Lucrecia, no por piedad, no. Haced del fraile cuanto os pida el rencor; pero á ella dejadla en paz víctima inocente de un rapto. Yo la conozco. Yo sé cuánta es su virtud, y cuánta será á estas horas su afrenta. Y tengo plena seguridad, plenísima de que habrá perdido antes mil veces la existencia que la virginidad de su cuerpo ó de su alma. No se llama así á humo de pajas Lucrecia. Su nombre representa una castidad tan pura como la castidad misma de la muger que lo ha ilustrado en los anales del mundo. Á el coméoslo crudo si os place. Y si por acaso no le encontráis vivo desenterradlo y cebaos en su cadáver á guisa de hiena. Todo será justo y estará á la altura misma de vuestros resentimientos. Pero al ángel de Dios, á la criatura sin mancha como la Virgen del altar, á la cándida paloma sin hieles, á mi Lucrecia, no la toqueis, señor, si no intentais que os maldiga el mundo y que os castigue Dios.

—Bien se ha dejado robar.

—Dejarse; y se encerró á piedra y lodo en un convento. Dejarse, y no salió sino el día en que le iba la salvación eterna, y necesitaba ganar el Jubileo santo. Dejarse, y seis bandidos le asestaron seis puñales al corazón.

Dejarse, y cayó sin conocimiento ni sentido. Dejarse, y aquel Hércules la cogió en sus brazos y la trasportó como un cuerpo sin movimiento, como un alma sin voluntad. Vos mismo habeis dicho que no acertais á encontrarla, á pesar de haber corrido como un desvarío, y de haber reventado un caballo. Y quereis que la infeliz Lucrecia se preserve del arte mágico de ese caballero endiablado, que la ha cogido y se la ha llevado al infierno, como cualquier bruja podría cogeros á vos y llevaros á caballo por los aires en su palo de escoba. Gasparo acaba de contarme que aquí mismo los escuderos muertos se levantan á comerse á los escuderos vivos; y quereis preservar de semejantes emboscadas de los infiernos á una pobre mujer?

—¿Y no habría medio de saber dónde paran esos fugitivos?

Preguntó Gasparo conociendo que las palabras de Brígida importunaban á Guido.

—Después de haber agotado, dijo éste, cuantos medios podia ofrecerme Prato, tomé otro caballo y fuíme derechamente á Florencia. Como las muchedumbres, que de esta ciudad fueron á Prato, no habian vuelto, embebidas en las fiestas nocturnas, á mi arribo nadie sabia lo ocurrido. Encaminéme, pues, al Palacio del Padre de la Patria, y dí inmediatamente mi nombre. Era de noche ya, y toda la vivienda resplandecía con resplandores de fiesta. Veíanse á través de las ventanas innumerables bujías y resonaban, penetrando las piedras de las paredes, deliciosas cadencias de voces é instrumentos. No podia detenerme, á pesar de la fiesta, porque me impacientaba el deseo vehementísimo de noticiar el desaguizado y ocurrir al remedio. Aunque mi traje, como vestido para la fiesta, era de gala, llevaba encima de sus bordados y preseas, ráfagas de polvo. Las plumas de mi gorra se habian tronchado en las ramas de los árboles. El collar de mi cuello y hasta una parte del cinto se habian perdido en los vértigos de mi carrera. Tenia la cara herida y ensangrentada de los golpes que habia llevado y de las espinas que habia recibido. Los cabellos caian en desorden sobre mis espaldas, mecidos mil veces por las crispaduras de mis manos y las furias de mi pecho. Cuando entré, todos los circunstantes comenzaron á murmurar y á decir que quien así, de tan descompuesta suerte, llegaba al salon, era nada menos que el novio burlado en la Iglesia de San Juan. No sabian á esa hora quién era el burlado, no conocian todo el abismo de mi desgracia, toda la intensidad de mi rabia, toda la crudeza de mis desengaños, toda la ira de mis celos. Algo debía decirles, á pesar de esta su ignorancia, mi apostura, cuando se codeaban unos á otros con insistencia, y se murmuraban al oido palabras entrecortadas con misterio. Estaban, pues en plena Academia, esparciendo los ánimos en el cultivo de las letras, y recitando versos de nuestros mejores poetas, ausentes y presentes. Los que escuchaban con tanto interés, no interrumpieron su atención ni yo me atrevia á cortarla. Recitábanse versos de amor sellados con el sello de la mayor gentileza. Afánense, decían, aquellos á quienes ta-

les cosas placen, por las pompas y por los honores; gusten si quieren, de palacios y de monumentos: una praderilla cubierta de gayas flores; un susurrante arroyuelo que riegue y rocíe las yerbecillas; un corderillo que de amor se queje, cuadran mucho mas á nuestro gusto, y calman mucho mas nuestro ardor. Diosa de Chipre, deja tu palacio de nácar recamado por las espumas del Mediterráneo, y ven sobre el musgo á respirar la fragancia de nuestros jardines y el dulce airecillo que suavemente mece el florido ramaje. Despues de estas sinfonías en versos tan melodiosos como una música suave, pintaban entre las líneas de los prados y de las selvas, la hermosa virgen, la Nueva Flora, á cuyas miradas los campos florecen con inesperadas primaveras y los cielos lucen con innumerables astros. Miradla, decian, sus piés se bañan en las transparentes aguas del Tirreno, y su cabellera de oro se entrelaza con las frondosas madre selvas que parecen ofrecerle de su grado frescas y esmaltadas guirnaldas. Al verla, nuestras almas se esperezan como el avecilla que fatigada por el calor extiende sus alas para recibir sobre el plumaje las gotas de fresca lluvia en tarde calurosa de estío. Imaginaos como resonarian estos arrullos de amor expresados en la lengua de los dioses, por los senos de mi corazon rasgado de celos, ébrio de cólera, chorreando sangre de sus heridas, combatido por todas las pasiones, deshecho bajo el peso de la última catástrofe, en cuyos giros desaparecieron las últimas ilusiones de mi vida y las últimas pavesas de mi esperanza. Cuando breve intermedio dió algun vagar á los ánimos y permitió mi palabra, dije á Cosme de Médicis, inclinando la frente.

—Señor.

—¿Qué os trae á esta casa, que frecuentáis tan poco, siempre en vuestros riscos encerrado?

—El desórden de mi traje debe deciros que algo grave pasa, cuando me atrevo á presentarme de esta suerte, y en momento tan ageno á los negocios públicos.

—¿Qué sucede? Hablad.

—Sucede que Fra Filippo Lippi acaba de penetrar en las filas de la procesion que Prato celebra para honrar al santo cinturon; y acaba de robar á la hija del caballero Butti, llevándosela con tal empuje y decision que no se sabe de ellos á estas horas nuevas ciertas.

—¿De veras?

Me preguntó riendo á todo reir.

—De veras.

Le contesté gravemente.

—Tiene gracia.

Dijo cual si le hubiera contado la cosa más natural y más agradable del mundo.

—No tienen mucha gracia estas grandes desgracias.

Le repliqué amostazado.

—A los artistas hay que permitirles muchas cosas.

Me dijo.....

—Yo creí todo lo contrario, creí que mayor luz en la inteligencia llevaba consigo mayor responsabilidad en la vida.

—Ese Filippo es un buen muchacho.

—Señores, un buen muchacho quien profana las ceremonias de la Iglesia; un buen muchacho quien roba la hija del prójimo; un buen muchacho quien mancha su hábito de fraile; un buen muchacho quien arrastra por el lodo sus alas de artista; un buen muchacho quien arrebató su virginidad á la doncella y deshonoró las canas de un pobre anciano que á estas horas se habrá muerto ó se habrá vuelto loco. Vos que os gloriáis con los títulos de Padre de la Patria, no podeis tener tal idea de la bondad ó de la perversidad de las acciones humanas, porque, en ese caso, no serviríais, no, para dirigirnos ni para juzgarnos. Yo hago más justicia á Cosme de Médicis, mucha más justicia. Yo creo que ha dicho eso por mera complacencia, distraído, y no con pleno conocimiento de lo que decía y despues de madura reflexion.

—Yo os diré, me replicó, un poco desconcertado por mi furiosa reprimenda, yo os diré. Filippo hace esas cosas sin malicia de ningun género. Para él personas ó cosas no son ni buenas ni malas, sino feas ó bellas. No ve de los séres más que el aspecto artístico, el resplandor de hermosura que despiden. Todo lo demás le tiene sin cuidado. Coge una mujer como pudiera coger una flor, ó como pudiera aprisionar un ave. Así y solamente así, debe explicarse su exceso de génio, sus extraordinarias facultades, su inquieta inspiracion, sus exaltados sentimientos, su desasosegado afán de ver las formas y no las esencias. Combina los hechos como pudiera combinar los colores. El bien y el mal saben lo mismo á su conciencia enamorado de todo cuanto tiene relieve y colorido y tonos fuertes y bellas apariencias. ¿Qué quereis? ¿Qué quereis? Así lo hace el destino. Así son, como ciertos mónstruos, medio ángeles y medio diablos; con la fantasía en el éther y en las tinieblas la conciencia. En verdad os digo que.....

—Pero, perdonadme, señor, perdonadme en mi insistencia.

—No me extraña.

—Buscaba un castigo para el delincuente y me encuentro con complicidad con el delincuente.

—No os encolericeis así.

Me dijo con cierta dulzura. Y luego, volviéndose á sus cortesanos contó el rapto de Lucrecia. Mucho tuve que reportarme para no salirme de mis casillas. Mil veces llevé la mano al puño de mi espada y estuve á punto de esgrimirla, desafiando á todos aquellos señores á desigual combate. ¡Qué carcajadas tan estentóreas! ¡Qué dichos tan agudos! ¡Qué graciosa les parecía la feliz ocurrencia! Cómo celebraban la transformacion del fraile en

ginete, la apostura de su continente, la riqueza de su trage, la celeridad de su corcel, la habilísima emboscada, la audacia en el momento supremo, el temor de los circunstantes, el escándalo de las muchedumbres, la destreza en ocultarse de suerte que á estas horas nadie puede saber donde se encuentra. Mucho padecí al ver arrebatada á mis ojos por aleve mano la prenda cara á mi corazón; pero padecí mucho, muchísimo más al ver como tal atentado se celebraba en el sitio mismo donde debia residir el honor y la virtud de Florencia. En tal instante comprendí sin esfuerzo que nuestra República, destituida de su antigua virtud, se despeña por abismos insondables y á más andar se acerca á una invencible, á una irreparable, á una permanente tiranía.

Cuando venian á mis mientes todas estas reflexiones, interrumpiolas un coro que cantaba el amor, y que, por lo mismo, recrudecía todos mis dolores. Y al son de aquel coro bailaban las parejas con alegría, que me daba cierta envidia, porque jamás la experimenté igual en toda mi desastrada existencia. Quien no esté enamorado, salga, cantaban, de este baile, pues no puede llamarse gentil aquel que no siente las llamas del amor. En medio de esta danza se encuentra el dios ciego como en su trono; y en torno sus vasallos; quien no quiera someterse á su absoluto imperio, huya de estos dominios. Los que de amar se avergüenzan, no saben cuán vergonzoso es el no haber jamás amado. Apresuraos, pues, jóvenes, á encender vuestras inteligencias y abrasar vuestros corazones en ese fuego, porque el tiempo corre como una catarata impetuosa, y la vida se disipa como un aroma vago. Y despues de todas estas invitaciones al amor, pintaban la felicidad del Dios Baco y la ninfa Ariana sobre su lecho de pámpanos, bajo un velo de suaves resplandores, á la sombra de árboles floridos, con la embriaguez de una vida exaltadísima mezclada á la embriaguez de una pasión furiosa, apurando los dulces sorbos en las copas y los dulcísimos besos en los labios, mientras las bacantes, medio desnudas, mal envueltas en sus pieles de tigre, con el tirso en las manos y la fresca guirnalda en las sienes, entonaban coros que hacían estremecer de puro gozo desde los valles hasta las montañas, en la animación necesaria que trae consigo este incendio del universal amor. No quiero, no puedo, no debo decir cuánto sufrí; comparando la soledad de mi vida con aquellos encarecimientos de las humanas dichas. Para que pudiera yo decirlo y vosotros entenderlo, necesitaría arrancar de mi pecho el corazón y mostrároslo vivo y palpitante. Por fin las canciones callaron y yo me dirigí á Cosme en estas ó parecidas palabras:

—Señor, no puedo detenerme en este sitio más tiempo. Su alegría recrudce mis penas. Ningun interés personal me mueve. Abandonado por esa ingrata, nada tengo que ver con ella. Pero infeliz anciano, cuya pena parte, no diré los corazones, las piedras, necesita el hallazgo de su hija, y la vindicta de su honra. Toscana entera os obedece como jamás obedeció

monarquía alguna á los reyes. Pregonad la cabeza de ese fraile malvado; prometed premios á quien lo traiga vivo ó muerto; perseguidlo con todos vuestros esbirros y todos vuestros condotieros. Si en estas regiones tenidas por las más cultas y las más libres de Italia, puede un monge sacrilego, porque la echa de artista, atentar impunemente á la propiedad, á la vida, al honor de los ciudadanos, sea en buenhora, nos iremos á Berbería demandando á sus desiertos y á sus tigres la seguridad que no pueden darnos las leyes de nuestra patria y las instituciones de nuestra república.

Cosme prometió hacer algo de lo que yo demandaba; pero con floja voluntad y desmayado acento. Comprendí lo inútil de toda súplica, y dejé las alegres estancias, no sin haber dirigido una mirada de desafío al magistrado y de desprecio á sus cortesanos. Nadie puede valernos en esta angustia. Hay que confiarnos á nosotros mismos. Reduciré á dinero todo cuanto tengo, y consagraré mis caudales al castigo de quienes me han hecho tan desgraciado. Yo solo vivo para la venganza. Diputaré enviados míos á la Lombardía, á las Marcas, al Piamonte, á Roma, y yo iré en persona á Venecia, refugio de todos los perseguidos y de todos los malvados. Tendré una cohorte de espías que los cele, otra cohorte de esbirros que los persiga: en tierra un ejército, en agua una escuadra. Cuando no me basten las fuerzas naturales, apelaré á las fuerzas sobrenaturales y mágicas. Y si es necesario, venderé mi alma al diablo para que el diablo y el infierno entero me venguen cuando no pueda yo mismo vengarme. Mi cólera incendiará la tierra y llegará hasta la eternidad.

Cuando decia estas palabras Guido, dejaba su estancia Butti. Aquel parecia una furia, éste una sombra. En la errante mirada del pobre anciano, en los sacudimientos de su cuerpo, en la indecision de sus palabras, en los tránsitos bruscos de carcajadas epilépticas á sollozos desgarradores, veíase una verdadera demencia. Las dos palabras que resaltaban sobre todas sus frases eran mi hija, mi honra. Guido de Montaperto extendió hácia él los brazos y le dijo estas palabras: Venerable anciano, serás vengado.